

HUGO LEA-PLAZA JENCQUEL

Profesor de la Universidad de Chile

## J U N G

---

*Conciencia e inconsciente, vigilia y sueño*

LEIBNITZ en sus "percepciones mínimas", Kant en su "actividad pura del espíritu", Fichte en su "no-yo", Hartmann, Nietzsche y Bergson, han meditado, desde un punto de vista filosófico, acerca del psiquismo no presente en el Yo, es decir, no presente en la conciencia, ya que el Yo, como experiencia psicológica, es, en realidad, el estado de conciencia, constituida ésta por el acontecer psíquico que en cada momento permite el conocimiento de este Yo y del mundo externo. No todos los contenidos psíquicos están presentes en todo momento en la conciencia; pero esto no significa su definitiva calidad de totalmente ajenos a ella. De cualquier sector que ellos provengan, es decir, elaborados por estímulos ambientales externos o por estímulos orgánicos internos de la propia subjetividad, pueden llegar a formar parte de la conciencia y del Yo, en calidad de elementos formativos, ya que todos estos contenidos están sometidos a una corriente continua de energía que estimula las estructuras asociadas y, a la inversa, los contenidos más firmemente constitutivos de la conciencia pueden perder transitoria o prolongadamente el carácter de tales, como ocurre en el olvido absoluto, en la falta de enfoque de la atención o en los simples procesos de automatización. La diferenciación de los contenidos psíquicos en conscientes, pre-conscientes e inconscientes responde a una exigencia de entendimiento, a una necesidad de sistematización y de jerarquización de estos contenidos, más que con respecto al Yo con respecto a la forma y a la intensidad con que ellos son capaces de integrar el Yo y la conciencia como centro fundamental en la relación del individuo con el ambiente "dentro de un esfuerzo de ajuste a las exigencias adaptativas de cada momento" (Auersperg). No

es cualitativamente igual el valor de los diversos contenidos psíquicos para tal función formativa; no es igual la utilidad de ellos en cada momento y, en consecuencia, es variable la necesidad de su cooperación en cada uno de estos momentos, todo lo cual se traduce en mayor o menor dificultad para su aparición en el Yo como elementos determinantes de un estado consciente. Pero esta jerarquización funcional puede alterarse bruscamente en determinados momentos ambientales y determinadas exigencias, pudiendo ocurrir entonces que contenidos cualitativamente inferiores, venciendo obstáculos que los repliegan más intensamente que a otros, en atención a su menor valía desde el punto de vista vivencial y cultural, adquieran importancia dentro del Yo, como elementos formativos de la conciencia. Tal puede ocurrir cuando las fuerzas instintivas, por ejemplo, que representan dinamismos orgánicos elementales, básicos, coordinados y determinantes, se revisten de contenidos psíquicos, especialmente afectivos, para cooperar en la determinación de estados conscientes. Todo esto significa que la conciencia es fundamentalmente un proceso de integración de contenidos psíquicos de diversas jerarquías y que "todo estado de conciencia representa en realidad un proceso de objetivación" (Goldstein).

Este proceso integrativo se efectúa en la forma señalada durante el estado de vigilia; pero durante el sueño, que es un estado fisiológico como aquélla, el proceso integrativo se anula total o parcialmente provocando con ello la desintegración del estado de conciencia y un déficit global del estado funcional; como consecuencia de esto los procesos psíquicos que se elaboran durante el sueño, es decir, los contenidos oníricos, se estructuran en niveles inferiores. Para Delay, el gran maestro de la actual Psiquiatría Francesa, la desintegración de la conciencia durante el sueño representa el proceso negativo, en tanto que los contenidos oníricos mismos tienen el significado de procesos positivos. El autor enfoca el problema de acuerdo con las concepciones de Jackson. Cualquiera que sea el mecanismo de desintegración en el estado de sueño, que alterna con el estado de vigilia, los contenidos psíquicos oníricos se manifiestan consecuentemente inconexos y confusos, a base de recuerdos próximos o lejanos, de escenas vividas o imaginadas, de percepciones del momento, de preocupaciones intensas, de sentimientos y emociones, de ambiciones y deseos dentro de una trama de fantasía que se desvanece rápidamente al restablecerse el estado de vigilia y sobrevenir la reintegración del estado de conciencia.

Sin referirse a su propia interpretación de estos fenómenos oníricos, Jung describe de igual manera el suceder de la fenomenología onírica: "el sueño, anota, posee un *mínimum* de aquella asociación lógica y de la jerarquización de valores que muestran los estados de conciencia y por esto son difíciles de comprender; los sueños que presentan una feliz combinación moral y estética son excepciones; por lo general constituyen un extraño producto que se caracteriza por sus contrasentidos y absurdos" (*Über Psychische Energetik und das Wesen der Träume*).

## FREUD Y JUNG

### *El inconsciente de Freud*

Contrariamente a lo manifestado por Wolff (*Einführung in die Grundlagen der Komplexen Psychologie*) no es sólo un paralelismo histórico el que existe entre la obra de Freud y la de Jung. Durante algunos años Jung es, en realidad, un discípulo de Freud. Graduado en 1900 en la Facultad de Medicina de Basilea y asistente desde entonces en la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Zurich, Jung estudia detenidamente las investigaciones que desarrollaba Freud en Viena y, en su calidad de Privat Dozent, dicta lecciones sobre el origen de los estados de neurosis y dedica muchas horas a la psicoterapia en estricto acuerdo con los primeros postulados psicoanalíticos de aquel maestro. En 1906 conoce a Freud, cambia ideas con él y permanece temporalmente a su lado; sólo cinco años después inicia su propia orientación, manifiesta ya en "Wandlungen und Symbole der Libido", de 1912, orientación que lo lleva a la escisión de escuelas perfectamente claras en "Die Beziehungen zwischen dem Ich und dem Unbewussten" de 1925, obra lentamente incubada a través de "La Structure de l'inconscient" y de "Conception of the Unconscious".

Freud había iniciado, en unión de Breuer, sus estudios sobre los estados inconscientes mediante la observación de los estados histéricos con manifestaciones de esta naturaleza, provocadas generalmente por factores emocionales intensos y penosos, reprimidos y desplazados, es decir, convertidos en inconscientes por este mecanismo, pero evidenciables durante el sueño hipnótico, suprimido el cual volvían a sumirse en la inconsciencia. Existía en este caso un desplazamiento de vivencias que estuvieron presentes en la conciencia y que fueron rechazadas de ella en defen-

sa del Yo. Pero el inconsciente fue para Freud mucho más amplio que lo que estos fenómenos le mostraban, ya que de este inconsciente formaba parte también todo el conjunto incoordinado de las tendencias egoístas y de los instintos, especialmente los que se referían al líbido sexual, al cual dio en sus primeros trabajos una importancia fundamental, aun cuando posteriormente extendió este líbido a otros sectores básicos de la vida individual (sexual Triebe-ich Triebe). El inconsciente apareció así a Freud como la base de la realidad psíquica, como el preliminar de la vida consciente, como la porción invisible del iceberg, mucho mayor que la porción que emerge de la superficie del mar, como un mundo inmenso poblado de fuerzas instintivas, de impulsos plenos de cargas afectivas, de imágenes y representaciones, procesos dinámicos en constante actividad, en el sentido de obtener su concencialización, su significación y podríamos decir su dignificación dentro de la vida consciente, o en el sentido de obtener su simple satisfacción. Es el Ello (Das es) que tiende a aflorar al Yo consciente, hasta la conciencia misma. Pero entre el Ello y el Yo está la censura seleccionadora de tales impulsos, fuerzas instintivas y representaciones; pasará hasta el Yo sólo lo que convenga a los propósitos de mejor adaptación, es decir, aquellos elementos psíquicos cuyo tono emocional, cuyo colorido y cuya calidad sean compatibles con la relación de una vida psíquica normal. El Yo se ha estructurado tras una alerta constante, durante la cual ha habido represiones, a veces violentas y conflictos intrapsíquicos organizados en complejos cargados de emoción que perturban la totalidad de la paz de la vida psíquica. El Yo conoce el fondo del psiquismo y su acción es también constructiva en el sentido de intentar una armonía facilitadora y de aminorar las incompatibilidades en forma que muchos de estos elementos pasen del inconsciente al preconsciente, con un fácil advenimiento posterior a la conciencia. Numberg anota: "el Yo comanda no sólo las fuerzas negativas sino también las capacidades constructivas que se extienden sobre todo el campo de la vida psíquica, tratando de obtener la unificación armoniosa de los impulsos así como su productividad en el más amplio sentido, de manera que, como el alba y la aurora, preludiando la salida del sol, formen parte del preconsciente y esto se desarrolle en gradación imperceptible".

La determinación, la ubicación, la facilitación y solución de estos fenómenos es la tarea específica de la técnica psicoanalítica, de la cual forma parte importante la consideración de los conte-

nidos oníricos antes mencionados, los cuales, a pesar de sus caracteres inconexos y obtusos, fueron interpretados por Freud como la expresión simbólica de los impulsos reprimidos, aun cuando en muchos casos este simbolismo aparece con caracteres arcaicos (*Der Traum*).

Sobre el inconsciente, el preconscious y el Yo como asiento de conciencia, Freud consideró el Super Yo como instancia suprema, como regulador supremo del comportamiento, especialmente en relación con los principios morales. Sin embargo, el Super Yo está funcionalmente más cerca del Ello que el propio Yo. La represión representa, pues, una función de trascendencia en el sistema psicológico de Freud, ya que posibilita no sólo el simple rechazo de los impulsos, es decir, una acción negativa, sino que hace posible también la simple inmovilización de ellos o su regresión mediante la eliminación de su energía catéxica o la sublimación por medio de su utilización en actividades distintas a las que los satisfacen de ordinario; procedimiento este último evidentemente más evolucionado que los anteriores y especialmente que la simple represión.

El inconsciente concebido así por Freud, a base de energías reprimidas, no ya en relación únicamente al líbido sexual y sus manifestaciones infantiles, sino comprendiendo también otros sectores de la actividad orgánica en forma de haces de instintos, representa la base fundamental de este sistema psicológico.

La exploración del psiquismo inconsciente relacionada especialmente con sus fuentes y su origen, se mostró a Jung con nuevas estructuras y nuevas formas. "Durante mis trabajos, escribe Jung, tropecé con problemas tan extensos que mi intento de abarcarlos en su totalidad sólo constituía una orientación superficial." Bien pronto vio surgir en este inconsciente los arquetipos, es decir, los contenidos ancestrales y primitivos del pensamiento humano, del pensamiento arcaico de la humanidad, arquetipos que restablecían en sus altares los dioses mitológicos y en sus misterios las magias seculares. Muchos de los procesos inconscientes interpretados por Freud como represiones de líbido freudiano, que "sólo sabe apetecer", se revelaron a Jung como tales arquetipos que recuerdan y actualizan el desarrollo del pensar humano en representaciones arcaicas y ancestrales, como mitos, magias y sueños perdidos en la historia, cargados de energía psíquica. Tales elementos psíquicos no han sido el producto de fuerzas represivas; forman un psiquismo inconsciente disociado, escindido, dentro del cual actúan como personajes del drama

de la vida humana, representando preocupaciones ancestrales de la humanidad. Algunas de estas representaciones, en determinados momentos más fuertemente cargadas de energía psíquica que otras y sobrevalorizadas en forma incidental, determinan el curso de los sentimientos y aun de la conducta, actuando "como duendes que es difícil atrapar o como almas parciales desprendidas".

Tales contenidos han sido transmitidos a las generaciones posteriores, no en forma de imágenes o representaciones, sino en forma de tendencias, de vías y de cauces por los cuales se infiltran aquellas fantasías, aquellas magias y aquellos mitos del pensar primitivo, que no alcanzan el carácter de ideas puras. Así ha podido ocurrir que si cada griego de la época clásica llevó en el fondo de su psiquismo y en el fondo de sus inquietudes un fragmento de Edipo, cada alemán sienta vibrar en su interior un fragmento de Fausto.

Todo esto constituye el inconsciente colectivo de Jung, en cuya profundidad están el ánima y el animus, el ánima como figura heroica y arquetípica de la mujer, en el hombre y el animus como tal figura arquetípica del hombre, en la mujer, arquetipos que han engendrado diosas y dioses de la mitología, cuya influencia sobre los planos superiores de la conciencia puede ser en ocasiones de importancia trascendental. Ambas figuras arquetípicas, desde el fondo del inconsciente colectivo enfrentan a la persona como sistema de relación entre la conciencia individual y el ambiente externo.

Dentro de este mismo inconsciente colectivo están también los impulsos instintivos, como impulsos hereditarios de la actuación, sin motivación consciente y como resultado de una necesidad que anotara ya Kant. A este respecto ya hicimos presente que estos impulsos instintivos pueden llegar a constituir estados de conciencia si se revisten de lo que no poseen, es decir, de contenidos psíquicos especialmente de orden afectivo.

Sobre este inconsciente colectivo y ancestral de Jung, está el inconsciente personal que contiene algunos elementos reprimidos en el sentido freudiano; pero que es, sobre todo, el receptáculo de los recuerdos perdidos, de los contenidos olvidados o demasiado débiles, es decir, que permanecen como subliminales ante el umbral de la conciencia, en fin, de los contenidos que han sido violentamente reprimidos por la conciencia.

Constitúyese así el hombre jungiano, en la forma compleja en que el propio Jung lo manifiesta en el prólogo a la obra de su

discípula Baronesa Koenig-Fachsenfeld (*Wandlungen des Trauproblems von der Romantik bis zur Gegenwart*) o en el decir del sueño de Fausto, que lo remite hacia Apolo: "Oíd, oíd el huracán de las horas. Ha nacido ya el nuevo día resonando para los oídos del espíritu. Las puertas de roca suenan rechinando; el carro de Febo rueda con estrépito, ¡qué estruendo causa la luz! Suenan las trompetas. Los ojos se encandilan y los oídos se aturden. Lo inaudito no se oye. Deslizaos a las guirnaldas, lo más hondo, para morar tranquilos bajo el follaje de las rocas" (*Goethe-Faust*).

La interpretación de los fenómenos oníricos dio a Jung un extenso material de observación. Los sueños dejaron de ser la expresión simbólica freudiana de deseos, impulsos o reminiscencias infantiles reprimidas, para tomar el valor representativo de residuos filogenéticos y arcaicos de mitos y leyendas ancestrales. Así también lo afirmaba Nietzsche: "En los sueños realizamos toda la tarea de la humanidad primitiva. Durante el sueño el hombre rehace la vigilia de la humanidad primitiva; el sueño representa la vigilia de la humanidad de hace miles de años; es un antiquísimo fragmento de la humanidad; el sueño nos transporta a remotos estados de la civilización humana y de estos procesos podemos deducir cuán tarde se desarrolló el pensamiento lógico riguroso" (*Menschliches, allzumenschliches*) y así también lo expresó Abraham: "el mito es un fragmento de la vida infantil de un pueblo y el sueño es el mito del individuo" (*Traum und Mythos*).

Pero no todos los sueños tienen igual trascendencia; algunos de ellos son pasajeros fragmentos de fantasías, diluidos en trivialidades; son los pequeños sueños; otros adquieren todo el carácter histórico del espíritu humano, contienen las representaciones arquetípicas de la humanidad y aun plantean problemas filosóficos y religiosos; son los grandes sueños. Los primeros se han organizado en el inconsciente personal y se desvanecen prontamente; los otros han emergido del inconsciente colectivo, persisten algún tiempo en el recuerdo del estado de vigilia, preocupan durante ella y tienen importancia para el proceso compensatorio de que haremos mención más adelante. Estos grandes sueños representan expresiones simbólicas, es decir, tienen un carácter generalmente simbólico, tal como en la concepción de Freud; pero no simbolizan impulsos reprimidos o deseos como en el caso anterior; son la expresión simbólica de estados inconscientes, digamos de vivencias inconscientes, "constituyen una representación simbólica espontánea de la situación del inconsciente"

(Maeder — *Über die Funktion des Träumens*), es decir, exteriorizan el inconsciente sin que sea necesario ir, por vía de ellos, al conocimiento de este inconsciente.

En muchas agrupaciones humanas primitivas existe la noción de los grandes sueños, de los sueños ancestrales, con menor simbolización evidentemente en estos casos. En la tribu de los *elony* tales sueños deben ser referidos públicamente de inmediato, pues su conocimiento produce tranquilidad emotiva en toda la agrupación.

El inconsciente colectivo constituye la parte más profunda del psiquismo inconsciente, mientras que el inconsciente personal constituye una etapa superior más cercana a la conciencia; el primero representa un proceso filogénico, el segundo un proceso ontogénico. Así como más allá del individuo, más allá de la conciencia, existe una sociedad, una realidad social, más acá del inconsciente personal está el inconsciente colectivo arrancado de la filogénesis, lo que explica que en los más apartados pueblos y agrupaciones humanas exista una extraordinaria similitud de formas y de motivos psicológicos primitivos. Estas formas del inconsciente colectivo se colocan en ocasiones en contra de las formas personales, invadiéndolas e invadiendo también los contenidos concencializados, los contenidos de la conciencia. Tal invasión puede provocar, desde luego, una perturbación del Yo en el sentido de un anublamiento o de un incremento reaccional transitorio, pero que puede, sin embargo, acercarse a la auto-divinización, a la "*Gottähnlichkeit*" con que Adler caracterizaba la psicología neurótica del poder; pero tras este estado de altivez transitorio está próximo a revelarse el definitivo anublamiento, el definitivo amenguamiento del Yo, que va a traducirse en un penoso sentimiento de inferioridad.

Si la invasión de la conciencia por el inconsciente colectivo disociado es intensa e incontrolada, ocurre una grave disociación de la personalidad total, "una escisión del alma" capaz de llegar hasta el estado esquizofrénico (*Psychologie der Schizophrenie*), cuyos caracteres se refieren precisamente a este estado psíquico disociado (*Schyzos-Bleuler*) y a la aparición en la conciencia de vivencias y representaciones arcaicas. La contención, podríamos decir, la disciplina del proceso colectivo inconsciente es, pues, necesaria para el normal mantenimiento y el normal desarrollo de la personalidad. Mientras esta contención sea insuficiente, el individuo se esfuerza en encubrir su indiferenciación colectiva, su trasfondo colectivo, con una máscara, una ficción que simule

la persona. En los pueblos primitivos, cuyo inconsciente colectivo inunda el psiquismo, casi sin contrapeso, a veces torturando al hombre con supersticiones y ansiedades, esta máscara se materializa; cada uno de los protagonistas en los bailes y demás festividades primitivas cubre su rostro con una máscara que significa para los espectadores prestigio y poder mágico personal del que actúa.

En el acontecer diario y normal de la vida, la disolución temporal de la personalidad ocurre en los conglomerados sociales de cualquiera naturaleza; cuanto mayor sea una comunidad y, en consecuencia, cuanto mayor sea la adición de factores colectivos, tanto más desaparece la personalidad y tanto más se deprimen el sentido ético y estético de la comunidad. "Es un hecho manifiesto, escribe Jung, que en cada conglomerado social la moralidad está en proporción inversa a la magnitud de ese conglomerado y que cada cual dentro de una agrupación es un hombre inferior a sí mismo, porque dicha agrupación le absuelve de su responsabilidad individual; las agrupaciones humanas acentúan los caracteres colectivos, premian lo mediocre y atropellan lo relevante y personal."

Todo lo cual significa que las agrupaciones humanas se caracterizan por sus formas primitivas de pensamiento y de acción.

Recordemos que, a través del genial dramatismo de "El enemigo del pueblo", Ibsen desarrolló su tesis alrededor de conceptos semejantes y, al descender lentamente el telón en el último acto, el actor resume en realidad toda la obra, expresando: "el hombre es mejor y puede más mientras más solo está".

Y acosado por este afloramiento del psiquismo colectivo que lo anula en ocasiones totalmente frente al conglomerado social, del cual forma parte, el hombre se coloca a menudo la máscara de la imitación, cuidadosamente elegida, en un esfuerzo de diferenciación y de preeminencia.

### *Individuación y realización del sí-mismo*

Si la invasión de la conciencia por el inconsciente colectivo amenaza seriamente la integridad de la personalidad (desindividua-ción), un proceso reconstructivo se pone en marcha frente a tal disolución. La personalidad oprimida procede a un recorte, a una escisión de este psiquismo colectivo, recorte que va a constituir la persona que, en estas condiciones, aun cuando es esencialmente un disfraz, una simple máscara, representa ya una re-

lación con el ambiente, una relación con el mundo, a lo menos un compromiso entre el individuo y el ambiente, un momento individual, sin que por esto el inconsciente renuncie de inmediato a su propia energía. Pero esta escisión permite además que, tras de esta máscara, un mayor o menor número de elementos del material inconsciente colectivo se racionalice, lo cual ya significa el comienzo de la individuación, que permitirá la realización del sí-mismo y de la condición de ser (*Selbstverwirklichung*). Tal dinamismo proseguirá con la compensación entre los elementos conscientes e inconscientes, en forma que se complementen en el sí-mismo y desde ese momento cuanto más amplia sea la invasión inconsciente, tanto más intensa será esta función compensadora. En realidad, el inconsciente ha personificado racionalizando representaciones arquetípicas, algunas de ellas sobrevalorizadas, que pueden tomar el carácter de complejos, es decir, de actitudes psíquicas de fuerte acento emocional, incompatible con la habitual actitud de la conciencia, pero que ésta puede reprimir fácilmente. Realizada la individuación de esta manera y constituido el sí-mismo, la relación de la personalidad con el ambiente puede realizarse con normalidad, pues este proceso de relación y de adaptación ambiental necesita la acción conjunta de elementos conscientes e inconscientes.

Es importante para facilitar el desarrollo de esta función normalizadora y compensadora del consciente-inconsciente el estudio y la exteriorización de los fenómenos oníricos, especialmente de los grandes sueños, procedentes del inconsciente colectivo, situación ya sentida en algunas agrupaciones primitivas, especialmente, como quedó expresado, entre los *elony*, que de esta manera ejecutan una incipiente psicoterapia de grupo durante las épocas de asechanzas, de persecuciones, de peligros e inquietudes que tan a menudo se presentan en la vida de los pueblos primitivos.

### *Mitos y magias*

Los mitos y las magias representan formas del pensamiento primitivo, representan los esfuerzos ancestrales del hombre en su afán de comprender y de interpretar su alrededor. Productos de la fantasía mantenidos a través de sueños y leyendas seculares, todos estos elementos persisten en los arquetipos del inconsciente colectivo. El hombre actual pretende elevarse por encima de todo aquello; pero dentro de su inconsciencia y de su subjetividad

recorre aquel largo camino, sin desprenderse de todo lo pensado en forma primitiva, dentro de la cual, en sentir de Levy Bruhl (*Les fonctions mentales dans les sociétés inferieures*), la participación mística tiene importancia tan preponderante.

Unidos en esta forma, las generaciones y los hombres se continúan ininterrumpidamente de manera que, "la muerte psicológicamente considerada no es un término sino una meta, comenzando la vida para la muerte a partir del mediodía" (Jung).

Desde el ánima y el animus como elementos arquetípicos ya citados de la feminidad y de la masculinidad a través del "Himno al Creador", de la personalidad-Maná, del lápiz noster de la alquimia, del secreto de la Flor de Oro de los "Símbolos de la madre y del renacimiento", Jung ha explorado esta senda de magias que le han revelado sus sueños milenarios y sus imágenes arcaicas y ancestrales.

Y al recorrer esta senda Jung va más allá de su sistema psicológico.

Abre su espíritu a la excelsitud de la poesía.

## LOS TIPOS PSICOLOGICOS

### *Extraversión e Introversión*

¡Platón y Aristóteles!

He aquí no sólo dos sistemas sino dos naturalezas humanas distintas que se enfrentan desde tiempos lejanos. Naturalezas febriles, místicas, platónicas, desentrañan desde el abismo de su espíritu las ideas y los símbolos. Naturalezas prácticas, ordenadoras, aristotélicas, construyen sistemas y dogmas con estas ideas y estos símbolos.

*Heine.*

La adaptación de la personalidad al ambiente como función esencial de la vida de relación exige y significa al mismo tiempo la interrelación constante entre sujeto y objeto; el sujeto como tal personalidad y el objeto como la realidad existente alrededor de él. Los intereses, la intensidad de las representaciones conscientes e inconscientes, la dirección centrípeta o centrífuga de la energía psíquica y de la libido inherente, la mayor o menor

intensidad de la vida subjetiva frente a la vida objetiva determina dos tipos generales de disposición y, en consecuencia, dos tipos funcionales diferentes que Jung denominó extravertido e introvertido. Con variable intensidad, con mayor o menor claridad estos dos tipos pueden evidenciarse en su actuación general, contrastando durante ella y en su comportamiento ante el real acontecer. Estos tipos funcionales son independientes del sexo, de la edad, del estado cultural del individuo y se mantienen inalterables hasta el término de la vida, ya que están ligados a factores constitucionales no susceptibles de modificarse a lo menos cualitativamente. El tipo extravertido está fuertemente asido al ambiente externo, al objeto y a sus exigencias, adaptándose a ellas casi sin reparos de su propia subjetividad, en forma que sus decisiones tratarán de satisfacer plenamente estas exigencias. Su atención y su interés se refieren especialmente a la objetividad externa que percibe con rapidez y en su actuación procederá de ordinario en forma concreta y decidida. Por su gran tendencia a la simple acomodación a la objetividad, aun desde el punto de vista moral, puede ser absorbido por ésta a la cual entrega su propio sujeto, abandonando su subjetividad, ya que la energía psíquica es en este caso esencialmente centrífuga. El inconsciente trata de establecer una posible compensación mediante un esfuerzo egocéntrico, en forma que mientras más fuerte sea la tendencia extravertida más intensa sea esta tendencia compensadora de la subjetividad; pero si aquélla termina por sobreponerse una "catástrofe objetiva" anula la actuación, impide la actuación personal entregando al ambiente la personalidad total. El pensamiento, la reflexión, la actitud sentimental del extravertido presentan caracteres semejantes de sujeción a la objetividad esencialmente variable de cada momento. El sentimiento pierde su carácter personal para diluirse en sentimientos diversos de acuerdo a estas mismas variaciones exteriores.

El introvertido, por el contrario, se orienta, se adapta y actúa atendiendo muy especialmente a su subjetividad, al mundo de su Yo, de sus ideas, imágenes o recuerdos, interponiendo entre la percepción del objeto, entre la percepción de la realidad existente y su propio actuar, su pensar subjetivo centrípeto, que modifica de ordinario la objetividad, percibida a veces lenta y lejanamente. Esta disposición subjetiva determina una tendencia psicológica que tiende a la abstracción, al contrario de la tendencia concretizadora del extravertido. Como consecuencia del alejamiento de la objetividad, constantemente variable, la dispo-

sición introvertida es más permanente y más rígida, aun desde el punto de vista ético y estético y la resolución final orientada hacia el Yo subjetivo adquiere más trascendencia y más permanencia. Sin embargo, esta objetivación de lo subjetivo atribuyendo al Yo una fuerza que le es extraña, determina en muchos casos una falsa noción de exceso de poder y de capacidad. El pensar general, la reflexión y la actividad sentimental se desarrollan y se manifiestan de acuerdo a estos caracteres psicológicos. En la esfera sentimental el sentir se emancipa de su relación con el objeto para darle un carácter más absoluto y abstracto y no como en el caso opuesto para diluirlo objetivamente. Como consecuencia de su subjetivación constante que hace permanecer las representaciones, el introvertido aparece como intuitivo. Así como la extraversion incontrolada puede llevar a la citada "catástrofe objetiva" que anula la actuación, la introversión puede determinar la "catástrofe subjetiva" que significa en realidad la abstracción inoperante con gran disminución de la capacidad de adaptación, que en este caso es más manifiesta, ya que este tipo psicológico no dispone del mecanismo de la simple acomodación de que a menudo hace uso el extravertido.

Ya Schiller y Nietzsche habían meditado sobre estos dos tipos dentro del pensar y del actuar. En sus estudios sobre la educación estética y en sus "Cartas a Goethe", Schiller describió el hombre realista y el hombre idealista y en "El origen de la tragedia", Nietzsche estableció el contrapuesto apolíneo-dionisiaco.

Es indudable que en estas concepciones está el origen del conocimiento de la biotipología humana que hoy, sobre una firme y extensa base bioantropológica, que culmina en las múltiples investigaciones de Kretschmer, constituye uno de los más interesantes capítulos dentro del conocimiento del hombre y de su actuación en el mundo. Sólo la actuación conjunta de estos dos tipos psicológicos que representan la abstracción creadora y subjetiva y la concretización realizadora y objetiva ha hecho posible y continuará haciendo posible el desarrollo cultural de la humanidad.

\*  
\*   \*  
\*

Durante la segunda mitad del siglo XIX la obra extensa y magnífica de Wundt, que desde la Universidad de Leipzig se difundió a todos los centros científicos, desarrolló la psicología experimen-

tal tratando de llegar por esa vía, es decir, por la experimentación instrumental, a la total comprensión de la vida psíquica.

Como lo anota Roa, la escuela de Wundt ha dejado verdades y descubrimientos positivos, muchos de ellos trascendentales y permanentes; pero esta Escuela consideraba intangible el postulado de Descartes "Cogito ergo sum", de donde nada que no se piense puede tener objetividad ni en el Yo ni en el mundo. Y refiriéndose al mismo momento histórico, el profesor Sarró ha escrito: "Se hacía imposible ya someter los fenómenos centrales de la personalidad, el drama interno de la personalidad a las técnicas de la Psicología Experimental". Había llegado el momento de sacar el hombre del restringido laboratorio de experimentación para llevarlo al gran laboratorio del mundo y observar allí, en pleno dinamismo de su personalidad, sus espontáneas reacciones.

Recuerda Roa, con mucha oportunidad, que Homero, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Dostoiewsky así habían procedido.

La obra de Freud y de Jung, con todo lo que las separa, representa, en este sentido, un proceso intelectual de reacción ante la psicología experimental de Wundt, que dominaba sin contrapeso al iniciarse el siglo xx, con toda la decisión y la pujanza de aquel laborioso siglo xix que la había creado. Y si la observación del hombre en el mundo, en la plenitud de sus fuerzas instintivas, de sus deseos, de sus ambiciones, de sus representaciones reprimidas o concencializadas dio a Freud un manantial de ideas para elaborar sus conceptos sobre lo consciente y lo inconsciente como determinante del pensar, del sentir y del actuar, Jung se esforzó en penetrar más hondo en la comprensión del psiquismo humano al ligarlo a través de estas mismas observaciones a la historia de la humanidad, al desarrollo del pensamiento humano, a las primitivas formas mágicas de concepción del mundo, a los esfuerzos seculares y permanentes del hombre para conocerse a sí mismo como potencial de trascendencia en la determinación de su destino. Para Jung la vida psíquica surge desde el fondo del hombre y de los hombres, es decir, de la totalidad humana.

Todo este esfuerzo conceptual de observación del hombre en el mundo representa lo permanente de ambas escuelas, puesto que la concepción de los estados conscientes e inconscientes no podemos aceptarla ya de acuerdo con ellas.

Ya expusimos al comienzo que lo consciente y lo inconsciente no es determinado por un estado propio de los contenidos psíquicos, como se desprende de los postulados de dichas escuelas,

El carácter de consciente o inconsciente representa sólo una variación en el tiempo, en la oportunidad y en la necesidad de objetivación de contenidos diversos para la determinación de un estado de conciencia, lo cual significa fundamentalmente que los estados de conciencia son cualitativamente variables de acuerdo con las exigencias adaptativas de cada momento ambiental, dentro de una movilización constante de contenidos psíquicos y que, en consecuencia, en cada momento de adaptación e integración, mientras algunos contenidos adquieren el rango de elementos formativos de la conciencia, otros no adquieren este rango funcional y permanecen fuera del Yo, es decir, tienen momentáneamente un carácter de inconscientes y no son actuantes en ese momento adaptativo determinado. Es indudable que la preocupación central de Freud y de Jung fue establecer, en último término, el significado de los estados de neurosis que representan evidentemente y fundamentalmente un estado conflictual. Tal estado conflictual, que ocurre para Freud dentro de un campo inconsciente, representa para Jung un impacto del inconsciente colectivo sobre el estado consciente, es decir, para este autor el estado conflictual se desarrolla dentro del campo de la conciencia que en estas circunstancias lucha por evitar una disociación de la personalidad amenazada por el inconsciente colectivo, disociación que significaría una grave perturbación en la adaptación y aun en la comprensión del proceso vital y del significado mismo de la vida. La individuación, la realización del sí-mismo, la acción compensadora entre contenidos conscientes e inconscientes, la represión por la conciencia de algunos contenidos, tal como ha sido antes ya expuesto, representan los mecanismos defensivos del estado consciente frente al estado conflictual determinado por los impactos del inconsciente colectivo. Es por esto que la individuación representa para Jung un proceso de importancia decisiva, de aspecto casi religioso al considerarla "el ser divino hasta hoy durmiente y ahora revivitado" que, en ocasiones, simboliza como "Dios en nosotros", como "El Dios interno que corresponde a una realidad trascendental".

Pero con Freud o con Jung, en el campo de lo inconsciente o en el campo de la conciencia el estado conflictual en ambos casos es de naturaleza intrapsíquica.

Y no puede esto avenirse con nuestra actual concepción del hombre dentro del mundo como realidad total.

Los estados conflictuales son manifestaciones de orden psicológico que representan, traducen y exteriorizan el choque de la

personalidad total con el ambiente, es decir, son manifestaciones que traducen y exteriorizan acontecimientos de orden esencialmente existencial, esencialmente de orden biosocial, todo lo cual se evidencia en sentir de Laín Entralgo "ordenando comprensivamente en la biografía del enfermo el suceder de su estado patológico, el suceso de su enfermedad".

Y es posible que en esta biografía se evidencie una intensa actividad onírica del enfermo; pero si recordamos que el estado de sueño significa un proceso de desintegración temporal de la conciencia, tal situación excluye la posibilidad de que durante él se estructuren representaciones simbólicas que significan procesos de elevada abstracción.



No es fácil determinar el momento en que Jung comienza a concebir el inconsciente colectivo; sin embargo, una de sus bellas observaciones clínicas parece indicar un momento importante en este proceso de pensamiento.

Jung, como discípulo aun de Freud, psicoanalizaba a una joven estudiante de Filosofía cuyo estado de neurosis mantenía en gran parte la actuación incomprensiva e inadecuada del padre. El médico tratante adquirió pronto ante la joven paciente el carácter de padre y amante de naturaleza sobrehumana hasta aparecer en sus sueños como la figura mitológica de Wottan, el Dios del Frenesí que recorre el mundo impulsado por la brisa que domina y que acaricia y refresca.

Acaso Wottan simbolizaba también en aquel momento el espíritu alado que llevaría más tarde a través del mundo, el genio, la observación, la fantasía y la poesía de un hombre extraordinario.